

Ahora, tres siglos después de la aparición original, *Las Genealogías* se pueden manejar con una espléndida facilidad, gracias a la benedictina labor de Carrizosa Argáez y sus colaboradores. Les agradecemos sus meritorios esfuerzos con caluroso aplauso.

Les debemos mayor y mejor acceso a una obra cuya magnitud prosopográfica al tratarse de los siglos decimosexto y decimoséptimo no tiene igual en esta América¹⁰. Nuestra deuda para con ellos, por lo tanto, es muy grande.

Lecciones de geografía

(Mambrú, Rafael Humberto Moreno-Durán, Alfaguara, Colombia, 1997).

Juan Goytisolo*

En el variado y casi infinito conjunto de guerras que componen la historia de la humanidad, las llevadas a cabo por procuración ya interesada, ya en virtud de un servilismo rahez respecto a los amos del mundo, merecen en verdad un epígrafe: el de las expediciones militares sin provecho alguno para los milites del cuerpo expedicionario, enviados a combatir a un "enemigo" lejano al que no les enfrenta problema alguno.

¿Quién recuerda hoy la gloriosa epopeya de unos centenares de soldados españoles al mando del coronel Lanzarote en tierras de Cochinchina, desembarcados allí para echar una mano a los franceses sin más razón que una vaga solidaridad cristiana (que hoy llamaríamos *otánica*) y ocupar así, como dijo un jefe de Gobierno en fechas más recientes, "el lugar que nos corresponde" en el mundo civilizado? Una enorme huesa o cementerio de olvidadas tumbas subsiste aún en Vietnam como recordatorio de tan cruel y absurda aventura (1858-62). Otros muchos, borrados por el tiempo, motean, como descoloridos confetis, el cercano Marruecos o la remota Oceanía, símbolo patético y monumento irrisorio de la grandeza espiritual hispana y su ecumenismo roñoso.

La historia del Batallón Colombia, catapultado a Corea en 1951 por el dictador Laureano Gómez y sostenido luego por el teniente general Rojas Pinilla a fin de defender al mundo democrático y libre de la amenaza del comunismo y las hordas chinas, pertenece por derecho propio a esta antología de "hazañas". Guerra arrumbada en uno de los desvanes más oscuros de la sangrienta memoria colombiana. Habría permanecido en el limbo de tantos hechos de armas sin provecho de almas si el novelista R. H. Moreno-Durán no lo hubiese rescatado en una novela en la que la literatura de ley se aúna con el buen reportaje.

El narrador principal, hijo del teniente Ramiro Vinasco, caído en el campo de honor cuando aquél era un niño, viaja con la escolta presidencial 36 años después de los hechos al ignoto país en el que decenas y decenas de colombianos perdieron la vida por una causa que no les importaba ni valía un ardite. Este retorno a los orígenes de la desdicha familiar arropada con coronas de flores y no menos floridos discursos le incita a recoger los testimonios de seis protagonistas de la gesta y de su silenciada hecatombe. Estampas de miseria, arbitrariedad y behetría de centenares de "voluntarios" más o menos forzados a embarcarse en aquella mugrienta y soez aventura. "Nosotros", dirá uno de ellos, "éramos carne de cañón, atraídos al matadero con sonajeros y espejos, como indios encandilados por abalorios de promesas tan falsas como el metal de las "medallas".

Los relatos de los testigos sobre las condiciones del alistamiento, viaje a "un lugar que ni siquiera estaba claro en el mapa", feroz adiestramiento en el combate y envío a un paraje de montañas y bosques calcinados por los obuses se entremezclan con sórdidas evocaciones cuarteleras de alcohol y sexo barato.

De Barbusse a Erich María Remarque, de Guilloux a L. F. Céline, diversos autores de este siglo han expuesto en sus obras la barbarie e inutilidad de unas guerras que permiten no obstante a los militares —tanto en Corea como más tarde en Vietnam y en el desdichado Irak— renovar el material, aprender las técnicas más avanzadas y nuevos principios de estrategia y táctica, *ad majorem gloriam* del estamento castrense y de la industria armamentista.

Mambrú es un vasto fresco de los desastres de la guerra, escrito con ironía, dolor y causticidad. El alega-

10 Comparable en su extensión, pero redactada con todas las facilidades de acceso a fuentes primarias y secundarias disponibles a un acucioso investigador de nuestro siglo es la obra maestra de don Luis de Roa y Ursúa. Ella se intitula *El Reyno de Chile*. Instituto "Jerónimo Zurita". Valladolid: Tipografía Cuesta, 1945.

* Escritor y crítico; autor de *Campos de Nijar, Coto Vedado, Chanca, Disidencias, España y los españoles. Estambul Otomano, Fiestas, Isla, Makbara, Paisajes después de la batalla, Resaca, Señas de identidad y De la Ceca a la Meca*, entre otros.

to antimilitarista es sólo la corteza de una amarga reflexión sobre el destino de los colombianos, condenados por falta de principios cívicos y de prácticas democráticas, a matarse entre sí u ofrendar sus vidas por nada.

La "epopeya" del Batallón Colombia y de quienes perecieron en él se convierte gracias a la pluma de R. H. Moreno-Durán en un símbolo de la historia de su país: su soterrado humor le impide caer por fortuna en la propedéutica del panfleto.

Como dice desengañadamente uno de los personajes de la obra, "las guerras se desatan y multiplican en los lugares más diversos del planeta para que el atareado hombre de nuestro tiempo aprenda algo de geografía". Corea, como hoy Bosnia y Chechenia, ilustran a costa de muertos propios y ajenos esta singular y provechosa lección.



Consuelo Hernández

Solo de violín. Poemario para músicos y pintores. Sonido y color de la mujer

Tulio Mora*

El secreto deseo de músicos y poetas es que desearían trocar sus artes quizá porque ambas, de todas las artes, son las más inasibles ("sublimes" llamaba la reflexión romántica), las más sorprendentes, las que mejor operan sobre la subjetividad. Agreguemos a ellas —no siempre— el arte de los colores y las formas, de la sensorialidad plástica. Cuando oímos una pieza musical decimos que es "poética" y cuando leemos un poema que es "musical" y "colorido". Música, color y palabra: complementos de una unidad en la diferencia de sus elementos.

Podríamos establecer otras correspondencias más íntimas, indicios de una relación misteriosa que en última instancia es la relación de los secretos poderes del origen: cuando el primer sonido fue la primera palabra y también el primer trazo en la piedra. Más que otras, las artes que mencionamos han acompañado desde el inicio al ser humano en todas sus vicisitudes. Y con

ellas se irá a habitar otras estrellas a desmentir el olvido.

Consuelo Hernández ha querido culminar ese deseo intraartístico escribiendo un libro de poesía que sea a la vez un concierto y un cuadro. *Solo de violín* (Colección Mujeres de Palabra, Washington, 132 pp). Pero donde leemos "solo" (de soledad no) debemos leer "sinfonía" y no únicamente de instrumentos, sino de tierra, de memoria y de amor que al fin de cuentas es todo lo que nos invade cuando nos atrapa el éxtasis del sonido.

Concebido como una unidad, *Solo de violín* podría parecer, por el tema, una obra de pretensiones intelectuales, pero es justamente eso lo que rechaza exhortándonos a un discurso donde la nostalgia del origen, la complicidad y la experiencia constituyen los correlatos de las obras que desfilan por sus páginas como sus íntimos museos. Lo que quiere decirnos es que toda obra de arte, como los mitos, según Levy-Strauss, es uno solo, y que esa unidad (una "reunión en familia") puede renovarse temporal y espacialmente cada vez que la evocamos y recreamos.

En "Arte poética", primer poema del libro, esa reunión de las artes son los Andes, geografía fundacional de la autora que la apresura a "Escribir/ como dice la lluvia: lluvia/ y caen gotas de agua a fecundar la tierra./ Como dice el viento viento/ y sentimos su fresca caricia entre los dedos". Como aureliano Buendía de su paisano García Márquez en *Cien años de soledad*, en este Macondo continental los poderes tutelares de la naturaleza reinventan sus nombres y a pesar de que siempre son los mismos, ellos se anuncian ante nosotros con la admiración y el asombro de lo nuevo. Pero hay algo más: Hernández atribuye a ambos actores el poder de la fecundidad porque poseen el poder del sonido. La música es entonces renovación, valor que nos conduce a la verdadera esencia del libro, la mujer como dadora de la vida que se ve particularmente en uno de los capítulos del libro titulado "Museo de mujeres. Arte femenina porque se construye en oquedades de la tierra.

En otro texto, "La mesa", la mujer es el objeto doméstico que preside las ceremonias paganas y religiosas ("soy centro de altares y cantinas"), pero lo que da un carácter omnipresente es que proviene de "un bosque poblado de luciérnagas". El final podría ser ofensivo para una feminista: "Mujer soy entre todos tus muebles", si no fuera porque la autora envuelve al objeto de su solemne origen. Sol, Amazonia, estaciones:

* Tulio Mora (1948), poeta peruano, ganador del premio Latinoamericano de Poesía por su obra *Cementerio General* (1989), y el premio Copé por *País interior* (1993). También es autor de otros poemarios: *Mitología* (1978), *Oración frente a un plato de col y otros poemas* (1985) y *Zoología prestada* (1987).